

EMILIO BERNAL LABRADA¹

VISITA (ASTRAL)

Parte de un ave prehistórica dibujada en el elevado desierto, aquella línea en la región ecuatorial se extendía hasta desaparecer en lontananza. Al sobrevolarla, había visto otros animales y criaturas de gigantescas dimensiones que, con pies en tierra, no eran discernibles.

Ahora, era cuestión de explorar, hallar, analizar esos curiosos, extraños geoglifos para conocerlos mejor e intentar descifrar su significado, su mensaje... si es que lo había. Pero, tenía que haberlo, pensó, puesto que de lo contrario, ¿para qué se había molestado algún ser en tan descomunal obra? ¿Cuánto tiempo se habría invertido en eso?

El que hizo este trabajo tenía que haberlo hecho a sabiendas de que apenas en esa región, en ese preciso lugar, perduraría por siglos enteros, si no infinitos milenios. No había allí viento ni lluvia, en fin, condiciones climáticas algunas, ni vida vegetal o animal capaces de erosionar, destruir o tragarse esas fantásticas figuras.

El blanco material que formaba aquellos curvos contornos y líneas rectas era una sustancia granular de aspecto cristalino, vidrioso. ¿Quién pudiera haberlo producido?, se preguntó, puesto que en la lejana época —unos dos mil años atrás— en que presuntamente se trazaron las figuras los habitantes de la región carecían de medios técnicos o mecánicos para fabricar semejante material, sobre todo en las cantidades necesarias para rellenar centenares, miles de kilómetros

¹ ANLE, ASALE. Traductor, intérprete e investigador multilingüe se ha especializado en el estudio y análisis de los anglicismos. <http://www.anle.us/227/Emilio-Bernal-Labrada.html>

de líneas. Y luego, ¿qué medios de transporte hubieran servido para trasladarlo y distribuirlo con tanta precisión?

Observó que algunos de los trabajos parecían pistas de aterrizaje cuyo largo medía varios kilómetros. Es más, estaban hechos sobre cumbres montañosas que habían sido cercenadas y perfectamente aplanadas, y que además comenzaban y terminaban abruptamente. Por ninguna parte había señal alguna del material cercenado, que simplemente había desaparecido.

Creyó entonces comprender por qué le habían dado cita en ese lugar. Vio a lo lejos, en lo alto del estrellado cielo, las cromáticas lucecillas del aparato que se aproximaba, desplazándose a pasmosa velocidad. Le sobra pista. Tardó un instante en desacelerarse, posándose casi verticalmente y tocando tierra sin hacer ruido, apenas perturbando el polvo.

La nave redonda, de buen tamaño, estaba bordeada de ventanillas ovaladas que, si bien emitían luz, no permitían vislumbrar su interior. En pocos segundos, se abrió la compuerta delantera. ¿Bajaría por ella la figura de un ente que le invitaría a subir a bordo?

En la espera, percibió una muda instrucción que, precisamente, le indicaba lo que pensó le hubiera invitado a hacer la prevista figura. Tranquilo, la cumplió sin vacilar.

Según ascendía por la inclinada compuerta al interior de la nave, la blanquísima, intensa iluminación lo encegueció. Diose cuenta de que, además de perder la vista, iba perdiendo las demás sensaciones corpóreas. La compuerta se cerró tras él con un firme chasquido metálico. Ya no habría regreso.

Escapándose de su envoltura corpórea, ascendió y miró hacia abajo. Un grupo de técnicos trabajaba intensamente sobre su cuerpo, preparándole para la suspensión de sus procesos vitales. Por un instante sintió una punzada de inquietud.

Emitió entonces, no sin cierta ansiedad, la orden telepática de despegue. La tripulación se aprestó a darle cumplimiento.

Durante el viaje de regreso, le daría los últimos retoques al informe que sobre la marcha había preparado para el centro de mando en Alfa Centauri. Pero seguía siendo un misterio aquel fenómeno geométrico en el inhóspito e insignificante planeta que los naturales llamaban Tierra.